

La Verdadera Historia de la Manzana de Blancanieves



La Verdadera Historia de la Manzana de Blancanieves

*Texto de Francisco Rodríguez,
Ilustraciones de Javier Monsalvett*

Financia:



Produce:



-Abuelita, cuéntame un cuento.

-Vale ¿Te acuerdas del cuento de anoche, el de Blancanieves?

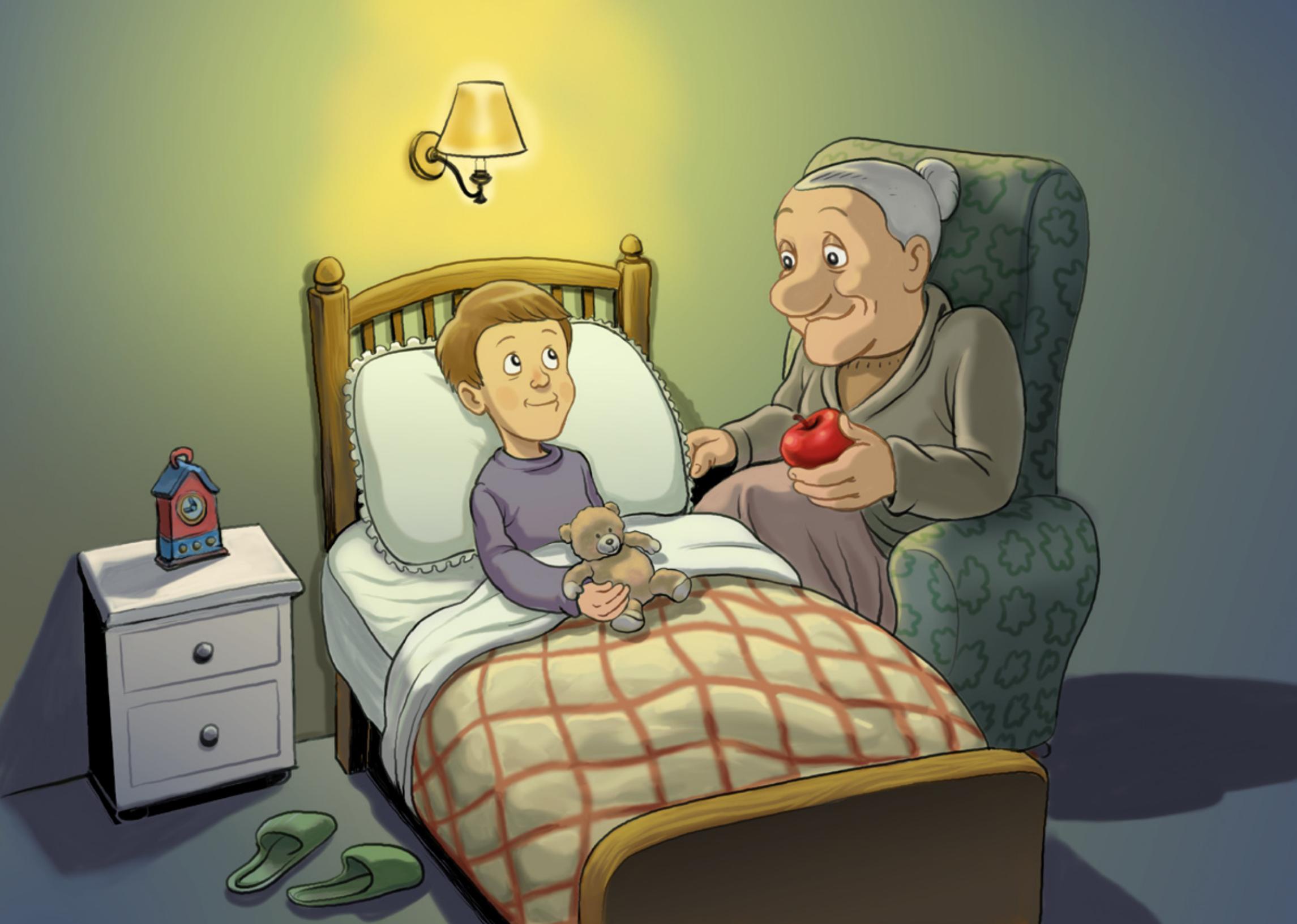
-Sí.

-Pues hoy te contaré la historia de la manzana que se comió. En realidad Blancanieves, ese era su apellido, se llama María y vivía en Pino Montano, aquí en Sevilla. Como adivinarás cambiaré un poco el cuento. La protagonista esta vez será la manzana.

-Vale.

-Pues ahí va.







Érase una vez una manzana roja y resplandeciente. Parecía la manzana más apetitosa del mundo. No era extraño que Blancanieves no dudara ni por un momento en darle un buen mordisco. Pero ¡ay! Esta manzana esconde una historia de largos viajes en barco, de baños químicos y cirugía estética, que ahora te contaré. La historia transcurre en estos tiempos que vivimos.

Había un brujo llamado Agroquimicón que trabajaba para una gran multinacional llamada Monserquis. Este brujo cultivaba manzanas en un inmenso jardín propiedad de Monserquis, a miles de kilómetros del barrio de Blancanieves.



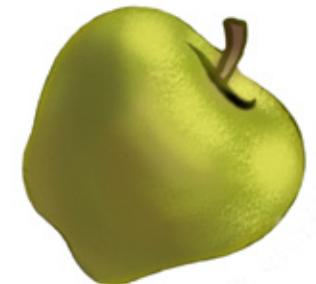
MONSERGUIS



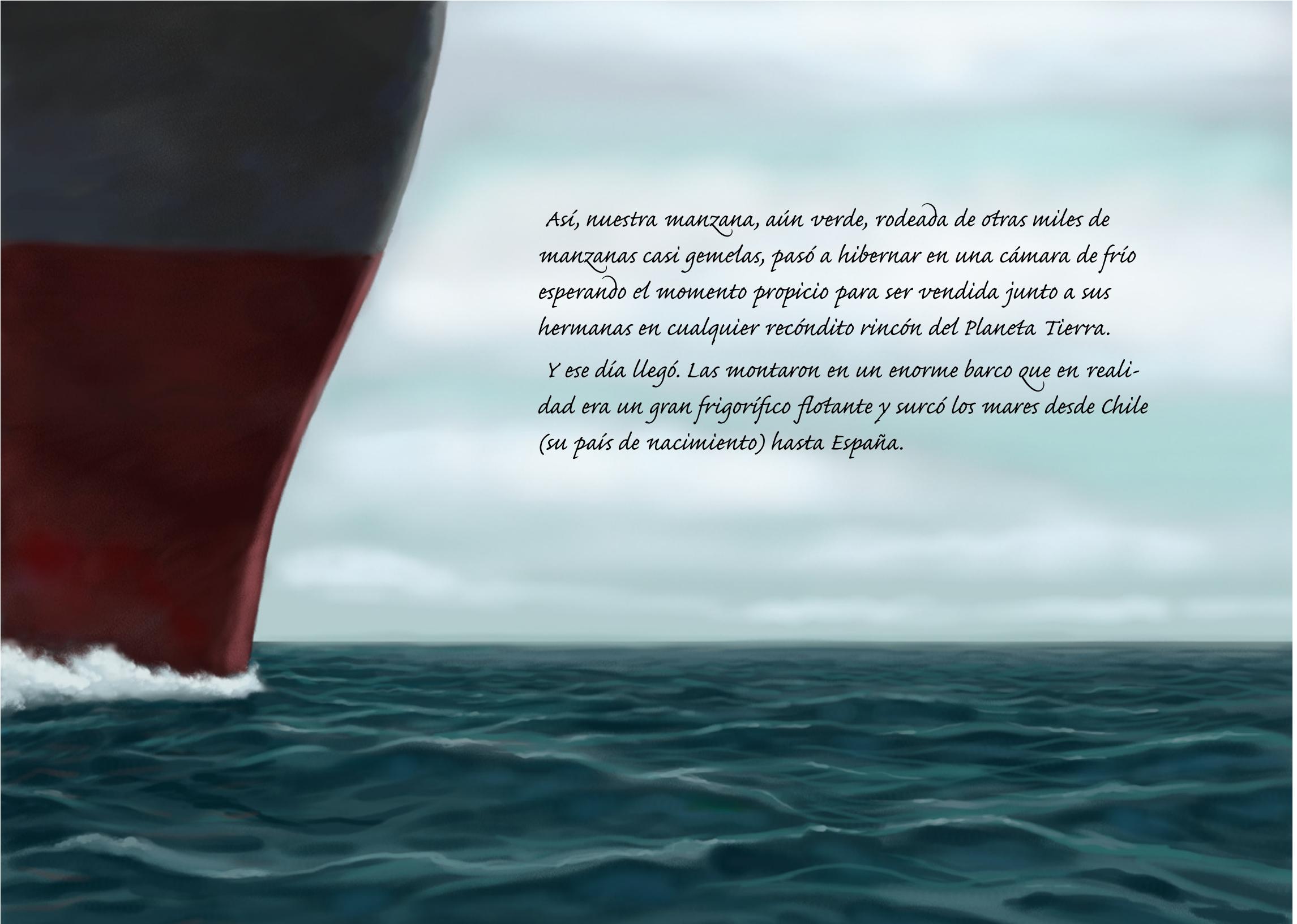
Para que crecieran a gusto de Monserquis injertaba manzanos patentados y aplicaba químicos a mansalva. Hacía que centenares de trabajadores, algunos niños y niñas como tú, recogieran las manzanas ¡verdes! Sí, has oido bien: verdes como la yerba en primavera.

Desechaban las que no eran perfectas en apariencia y las buenas eran sumergidas en un cálido baño de fungicidas.

-¡Muerte a los hongos!”, gritaba Agroquimicón.



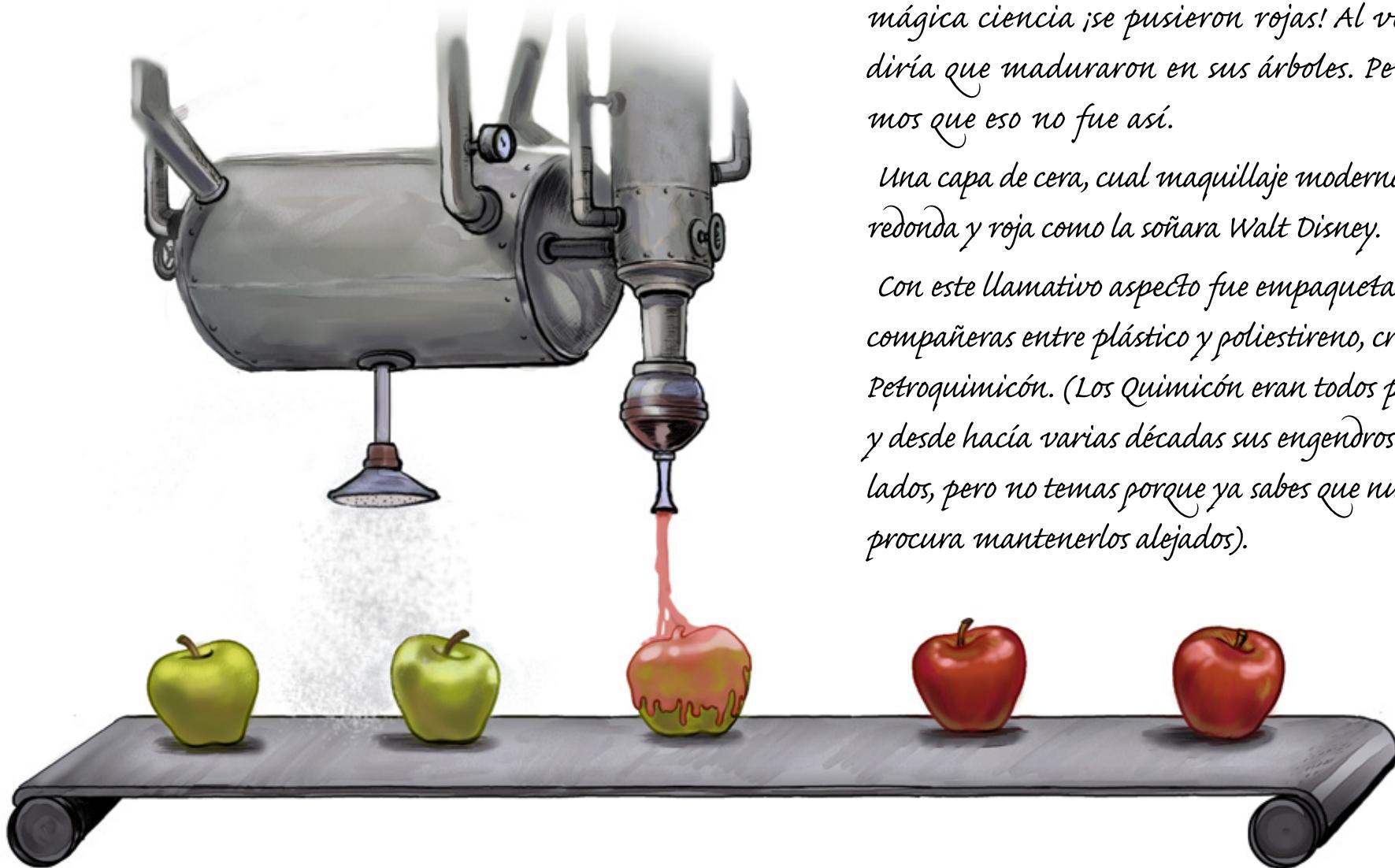


A large red ship's hull and bow are visible on the left side of the frame, cutting through dark blue, slightly choppy ocean waves. The sky above is a pale, overcast grey.

Así, nuestra manzana, aún verde, rodeada de otras miles de manzanas casi gemelas, pasó a hibernar en una cámara de frío esperando el momento propicio para ser vendida junto a sus hermanas en cualquier recóndito rincón del Planeta Tierra.

Y ese día llegó. Las montaron en un enorme barco que en realidad era un gran frigorífico flotante y surcó los mares desde Chile (su país de nacimiento) hasta España.





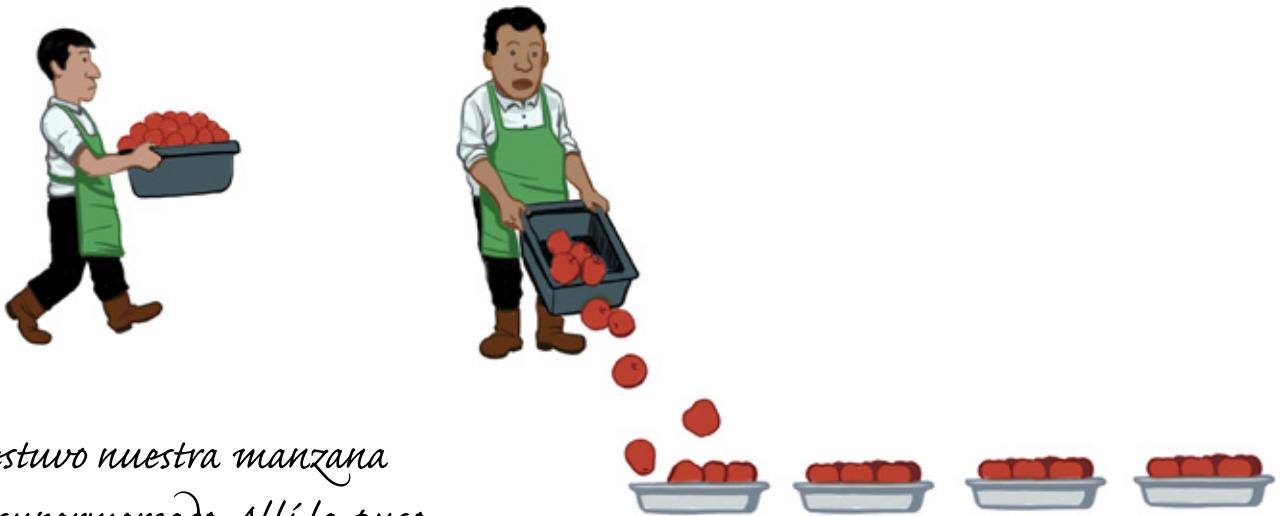
En Madrid, a donde fue a parar por el momento, gasearon a nuestras manzanas con etileno y por arte de la mágica ciencia ¡se pusieron rojas! Al verlas cualquiera diría que maduraron en sus árboles. Pero tú y yo sabemos que eso no fue así.

Una capa de cera, cual maquillaje moderno, y lista. Brillante, redonda y roja como la soñara Walt Disney.

Con este llamativo aspecto fue empaquetada con otras seis compañeras entre plástico y poliestireno, creados por el brujo Petroquimicón. (Los Quimicón eran todos primos hermanos y desde hacia varias décadas sus engendros estaban por todos lados, pero no temas porque ya sabes que nuestra familia procura mantenerlos alejados).



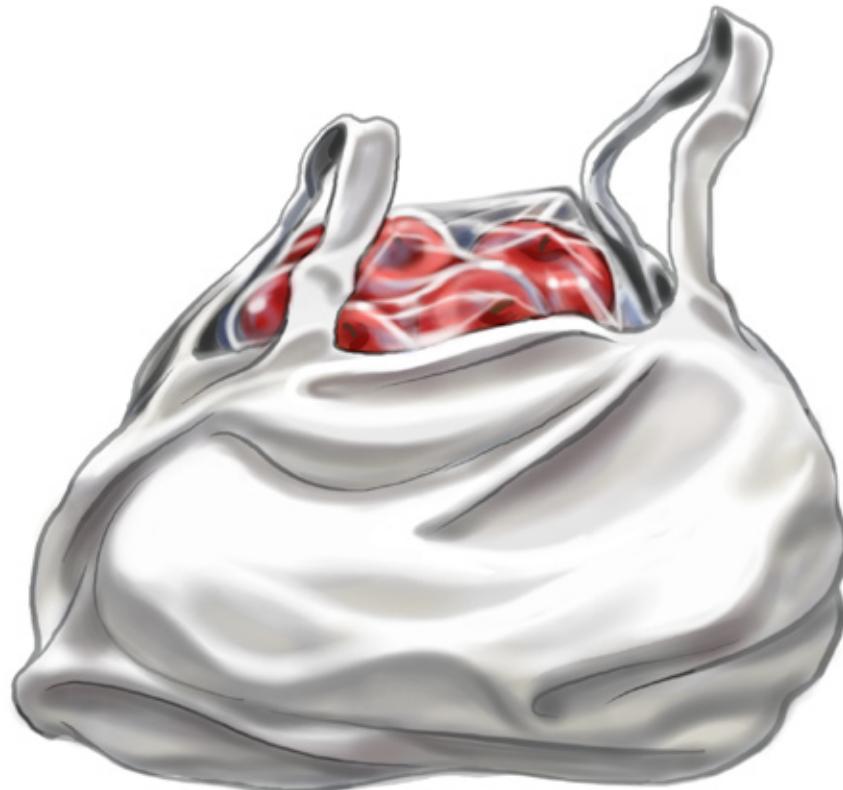
En una de esas bandejas selladas estuvo nuestra manzana depositada en un stand de un gran supermercado. Allí la puso una de las reponedoras precarias, empleadas temporales, que tanto gustan a esos grandes supermercados. De allí viajó hasta Pino Montano, el barrio sevillano de Blancanieves. La compró su mamá, la metió en un carro, la transportó en su coche, pues no se movía si no lo hacía sobre cuatro ruedas, y se la llevó a nuestra amiga María Blancanieves.



María Blancanieves que apenas comía fruta quiso degustar la manzana viendo el buen aspecto que tenía. Cuando le dio un bocado tuvo que secarse la cara con un trapo de cocina de tanta agua que tenía por dentro la manzana.

Y después de masticar un rato exclamó: "¡mamá esta manzana no sabe a ná!". Al oír esto su mamá se encogió de hombros, se dio la vuelta y prosiguió con las tareas que dejó apartadas para hacer la compra.

Y aquí, mi niño, se acaba la historia.





-Pero abuela, las manzanas que traes de La Ortiga son diferentes, ¿no?

-Así es, son ecológicas, no han surcado mares para venir, pues se producen no muy lejos de aquí, no tienen químicos, sólo sabor, color y olor natural.

-Pues a mí me gustan aunque sean más feas.

-Bueno, no siempre son más feas, todo depende de cómo las veamos. En fin, es hora de dormir, mi niño.

-Abuela, ¿y los siete enanitos que trabajaban en el bosque? -dijo el niño con los ojos ya entrecerrados.

-En este cuento no eran siete, sino setecientos millones. Los había enanitos, grandes, hombres y mujeres. Son las personas que cultivan manzanas y otros alimentos de los que nos gustan. Pasan de los primos Quimicón y de los Monserquis del mundo, al igual que nosotros.

Y dicho esto el niño se sumergió plácidamente en el país de los sueños.





Fin